

reza verdaderamente angélica? Y los que aprecian como es debido la incomparable dicha de la íntima amistad de la reina de los ángeles, ¿no tendrán una santa envidia á los hijos de este glorioso, patriarca, cuando se acuerden que los vió un dia bajo el manto de la Virgen, ocupando un lugar tan dilatado por los muchos que eran, que le pareció haber bastantes para poblar la Jerusalem celestial? Lo que aconteció al bienaventurado Rodulfo de Faenza en los principios de la órden, merece contarse entre las principales gracias recibidas de María santísima. Estando aquel un dia extraordinariamente abatido á causa de que se salian muchos novicios por no poder tolerar el extremado rigor de la regla, se le apareció nuestro Señor con S. Nicolás y cogiéndole amorosamente por la cabeza le dijo: «Hijo mio Rodulfo, no te aflijas mas, porque mientras mi madre proteja tu órden, no faltarán personas que entren y permanezcan en ella.» Al mismo tiempo vió una nave cargada de dominicos que se dirigian á Bolonia, y oyó de nuevo una voz que le dijo: «Rodulfo, no temas ya en adelante, porque te prometo que dentro de poco tiempo todo el mundo estará lleno de religiosos de tu órden.» Los sucesos mostraron bien la verdad de esta prediccion, y no hay mas que abrir los ojos para conocerlo. Nada diré del cariño que han profesado siempre á la Virgen santísima, porque es sabido que le estan dedicadas las mas de sus iglesias, y nadie ignora de cuántas maneras han promovido el honor de aquella señora. Los frutos producidos por el rosario solo son tales que se necesitarian volúmenes enteros para contarlos. Acuérdomé de haber leído en la vida de santo Domingo que habiendo Dios manifestado un dia á una buena alma el dulce amor que tenia María santísima á esta órden, todos los religiosos existentes entonces cobraron tan entera confianza en ella y concibieron un deseo tan extraordinario de amarla, honrarla, servirla y darla á conocer á

todo el mundo, que se descubria en sus ojos, en sus palabras y en todo su porte. Todos ellos querian tener siempre delante su imágen y recrearse con ella dia y noche. En una palabra no vuelan las abejas en tanto número en torno de sus colmenas ó entre las flores de un huerto, como se agolpaban ellos ante el altar de la Virgen para contemplar las excelencias y celebrar las grandezas de esta señora.

*Orden de S. Francisco.*

XII. S. Francisco sigue próximamente á santo Domingo no menos en el cariño que tenia á la madre de Dios, que en la institucion de su órden. S. Buenaventura escribe de él que habiendo puesto su principal confianza en María despues de nuestro Señor la eligió por su particular abogada y de todos sus hermanos y que con este motivo instituyó el ayuno que se practica en su religion desde la fiesta de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo hasta la de la Asuncion. El amor que tenia á la Virgen, le impelió á reedificar la iglesia de la Porciúncula, por otro nombre nuestra señora de los Angeles, que estaba para venir á tierra: por eso el humilde siervo de Dios escogió aquella morada y la amó mas que todos los lugares del mundo, segun queda dicho arriba. No debo olvidar lo que añade S. Buenaventura á este propósito, y es que una persona piadosa antes de entrar en la órden tuvo una vision, en la que descubrió una muchedumbre de ciegos que estaban hincados de rodillas delante de aquella iglesia con la cara vuelta y las manos levantadas al cielo gritando misericordia entre lágrimas y sollozos, y al mismo tiempo recibian la vista por medio de una luz celestial, que se difundia sobre todos los asistentes. Pronóstico indudable de la órden que S. Francisco debía de instituir en el mismo lugar, y de la gracia de la vocacion

religiosa, á cuyos primeros rayos habian de abrir muchos los ojos y consagrarse á su divina majestad. Habiendo sido concebido en cierto modo este instituto en el seno de la madre de Dios, ha conservado siempre un amor muy tierno hácia ella y ha manifestado en infinitas ocasiones el zelo por su honra y especialmente para defender el privilegio de su inmaculada concepcion. En los tratados siguientes se ofrecerá oportunidad de presentar algunos casos de los beneficios que la Virgen santísima ha dispensado á los hijos de S. Francisco, y algun testimonio del singular afecto que han tenido ellos á su servicio: aquí bastará decir dos palabras acerca de la vision con que fué favorecido el beato Leon, uno de los primeros compañeros del santo patriarca, por los años de 1230. Pareciale ver un campo dilatado y dos escalas que subian desde la tierra hasta el cielo; la una encarnada en que se apoyaba el Salvador, y la otra blanca y sobre ella la virgen Maria. El campo estaba cubierto de religiosos de su orden y S. Francisco al pie de las escalas ocupado en hacérselas subir. Ya se habian encaramado una buena porcion de ellos por la escala encarnada, cuando sobrevino de improviso una desgracia que le afligió grandemente, porque cayeron todos de espaldas, unos de los escalones mas altos, otros de los de en medio y algunos de los de abajo. El santo no sabia qué pensar de este funesto accidente; pero estando considerando y levantando los ojos á lo alto vió á la madre de misericordia, que le hacia seña de que subieran resueltamente á ella y que los dirigiria. Los frailes acuden á la orden de S. Francisco, suben volando, son recibidos benignísimamente por la Virgen y presentados á nuestro Señor, el cual en consideracion de su santísima madre les hizo un buen recibimiento. S. Francisco entendió bien el sentido de la vision y tomó de aquí motivo para aficionar mas y mas sus hijos á la Virgen como á su querida abogada y medianera. En el último tratado

de esta obra hablaré de la corona de la Virgen, que es una invencion de los hijos de S. Francisco, y del fruto que ha producido en la iglesia de Dios.

*Orden de los ermitaños de S. Agustin.*

XIII. Hácia la misma época fué aprobada la orden de los ermitaños de S. Agustin, aunque algunos la hacen mas antigua. El beato Juan apellidado el Bueno, porque su padre se llamaba Juan y su madre Buena, fué el que restauró la disciplina eremítica, ó mejor dicho el que instituyó la vida comun que despues han hecho siempre los ermitaños de S. Agustin, antes dispersos y solitarios. Hariamos mal en dudar que la Virgen santísima ha reconocido en ellos los fieles servicios de su gran patriarca S. Agustin y que ellos recíprocamente á imitacion de tan esclarecido siervo de la madre de Dios se han dedicado de todo punto á honrarla y servirla; mas por no haber llegado los documentos á mis manos no puedo decir nada en particular.

*Orden de los Carmelitas.*

XIV. No trato de resolver la controversia que hay entre los autores tocante al origen de esta orden. Sé que algunos refieren los principios de ella á la época del papa Honorio III por los años de 1217. Otros atribuyen este honor al beato Alberto, patriarca de Jerusalem, y dicen que en el año 1171 les dió la regla que conservaron hasta el de 1431, es decir, hasta el pontificado de Eugenio IV, por quien fué mitigada. El cardenal Baronio los pone en el pontificado de Alejandro III año 1181. Varios autores graves suben hasta el de 1141 y dicen que Aimerico, patriarca de Antioquia y legado de la santa sede en Oriente, fué quien los reunió y les dió una forma de

vida comun. Otros pasan hasta Juan, cuadragésimo segundo patriarca de Jerusalem, que vivia por los años de 400 bajo los emperadores Arcadio y Honorio, y fué el que compuso el libro de los institutos monásticos que nacieron en la ley antigua y perseveraron despues en la nueva: este libro se encuentra en el tomo noveno de la Biblioteca de los padres. Algunos suben hasta el tiempo de los apóstoles y aun hasta la época de Elías, de quien los hacen hijos y sucesores. Es cierto que así como no puede negarse que en cierto modo traen su origen de Elías y de los otros profetas que habitaban en el monte Carmelo, supuesto que los romanos pontífices lo afirman tan formalmente en sus bulas (1), de la misma manera es indudable que todos los que acabo de citar, dieron en diversas épocas alguna regla y algun método de vida á los ermitaños del monte Carmelo: de aquí resultó el haber sido tenidos por sus fundadores ó por restauradores de la antigua disciplina, que poco á poco habia ido decayendo. No obstante sin perjuicio de sus derechos de antigüedad les he dado el lugar que ocupan así en la capilla papal como en las procesiones públicas, tal vez sin otro motivo que el de ser los últimos mendicantes que se dieron á conocer y se fijaron en Occidente. Como quiera que sea y viniendo á mi propósito, es cosa indudable que hace muchos cientos de años son honrados con el glorioso título de frailes de nuestra señora del Cármen. Juan, patriarca de Jerusalem, en el libro ya citado refiere el primer origen de esta devocion y de este título á la vision misteriosa del criado del profeta Elías, quien á la séptima vez que se presentó por orden de su amo para mirar el signo que habia de parecer en el cielo ó en

(1) Sixto IV en la bula *Dum* las bulas concedidas á la orden *attenta* etc., Juan XXII, Julio III, de nuestra señora del Cármen. Pío V, Gregorio XIII, Sixto V en

la tierra, vió una nubecilla en forma de un paso humano, figura de la vírgen Maria, que venia á ser la precursora de nuestra dicha en la séptima edad del mundo. Habiendo sabido el profeta la secreta inteligencia de esta vision dejó en herencia á los imitadores de la vida que hacian, la devocion á la reina del cielo y una santa impaciencia de que viniese al mundo. El docto Armacan, primado de Hibernia, asevera en un sermon pronunciado el año 1342 en la ciudad de Aviñon haber sabido por buenos autores y por la respetable tradicion que habiendo empezado los apóstoles á publicar el Evangelio, los ermitaños del monte Carmelo fueron los primeros que recibieron la fé y dedicaron á la Virgen una capilla en el lugar de su morada, de donde tomaron y han conservado el nombre de religiosos de nuestra señora del Cármen. Algunos buenos autores han escrito que la Virgen santísima visitaba á veces á aquellos anacoretas así en vida de su hijo como despues de su muerte; que los consolaba singularmente en sus trabajos; y que de ahí provino el tierno amor de sus sucesores á la madre de Dios. Los sumos pontífices Sixto IV y Gregorio XIII no tienen reparo de asegurar en sus bulas á favor de esta orden que reconocen á la vírgen Maria como á la madre, nutriz, defensora y tutelar de ella. En una palabra las prendas que les ha dejado de su extraordinario cariño, especialmente en la institucion del escapulario, las finezas que ha hecho á muchos religiosos de esta orden, los frutos que ha producido por ellos en la iglesia, y las diversas invenciones que han discurrido los mismos para servirla y hacerla honrar en agradecimiento, son otras tantas pruebas auténticas de lo que dejo sentado. Pondré fin á todos estos testimonios de amistad por lo que aconteció al papa Honorio III cuando ponía dificultad en confirmar la regla que le habian presentado estos religiosos. Apareciósele la Virgen con rostro severo y le dió á entender que cuan-

do ella hablaba, era menester no andarse en contemporalizaciones, ni dilatar lo que queria adelantar, y que además se acordase de que dos oficiales suyos habian sido llevados ya, aunque sus fines fuesen muy diferentes, por haber mostrado dificultad en promover el negocio que ella tomaba á pechos.

*Orden de los Celestinos.*

XV. El papa Gregorio X admitió el año 1274 en el concilio de Leon la orden de los celestinos bajo la regla de S. Benito. S. Pedro de Moron, que despues fué papa con el nombre de Celestino V, practicó los primeros ejercicios en una cueva del monte Magela en el Abruzzo. Y aunque no he encontrado grandes particularidades sobre este asunto, sin embargo el milagro que la virgen María obró restituyendo al santo por las lágrimas de su madre la vista de un ojo que habia perdido desgraciadamente á la edad de tres años, la gran familiaridad que tuvo Pedro desde su niñez con María, la cual venia á visitarle muy á menudo con S. Juan Evangelista y le acompañaba en el canto de los salmos y en el aprendizaje que hizo de la disciplina monástica en el convento de nuestra señora del Cármen de Friésoli en la Toscana, y otras muchas singularidades de la confianza que habia puesto en la reina de los ángeles y de lo bien que esta le queria, me hacen concebir una opinion firmísima de que desde luego le distinguió la Virgen como á uno de sus mejores siervos, porque por su medio debia de promover la gloria del Señor y de consiguiente queria bendecir todas sus empresas.

*Orden de los servitas.*

XVI. Basta oír el nombre de servitas para persua-

dirse sin mas á que desde su primera institucion estuvieron enteramente dedicados al servicio de la madre de Dios. El origen de esta orden fué como voy á referir. El año séptimo del pontificado de Gregorio IX, que cayó en el 1255 del nacimiento del Salvador, siete honrados mercaderes de Florencia llamados Bonfilio, Amadeo, Bonajunta, Manuel, Alejo, Sostenes y Ugucion, que pertenecian á cierta cofradia empleada en alabar á la madre de Dios, habiéndose juntado la vispera de la Asuncion para cantar segun costumbre las alabanzas de la Virgen, oyeron una voz que los mandaba retirarse todos juntos al monte Senario distante tres leguas de dicha ciudad y entregarse allí á la oracion, mientras el cielo les mostraba el designio que tenia sobre ellos. Aquellos siervos de Dios obedecieron inmediatamente la inspiracion del Espíritu Santo, y habiendo distribuido entre los pobres todo cuanto poseian, comenzaron á vivir en el lugar que se les habia señalado, con gran pobreza y extraordinaria abstinencia. Muchos admirados de la estrecha vida que hacian los santos varones, se resolvieron á unirse á ellos, y de tal modo se acrecentó su número, que hubo que multiplicar las casas. Como iban pidiendo limosna por las calles de Florencia, sucedió que los niños de pecho comenzaron á gritar: Ahí van los siervos de María; dadles limosna. Desde entonces les quedó ese nombre. Mas ya hacia siete años que vivian de esta manera sin que se hubiese explicado el cielo, cuando una noche se les apareció la Virgen á cada uno de por sí, rodeada de una luz clarísima y acompañada de una multitud de ángeles, llevando en una mano el libro de la regla de S. Agustin, que deseaba guardasen, y en la otra un hábito negro como señal de la vida que habia pasado entre lágrimas y trabajos. Al otro dia conferenciaron los siete entre si sobre lo que les habia acontecido, y esto bastó para ejecutar

al punto el mandato de la Virgen santísima. El papa Gregorio IX aprobó la orden, y varios de sus sucesores la confirmaron. No puedo omitir dos cosas notables que sucedieron en sus principios. La primera es que hácia esta misma época habiendo sido enviado á Florencia san Pedro de Verona, mártir, á combatir la herejía de los maniqueos, que habian salido de los infiernos para perturbar la Italia, vió en espíritu mas de una vez un monte elevado cubierto de una gran luz y adornado de toda especie de flores; pero entre otras divisó siete azucenas de incomparable hermosura que descollaban por cima de todas las demás. Lo que aumentó su admiracion, fué el ver á una tropa de ángeles que las cogian á porfia para ofrecérselas á la madre de Dios, quien las recibia con señales de singular regocijo. En fin lo que le dejó mas absorto que todo, fué que las siete azucenas se juntaron en una en las manos de la Virgen. Habiendo pedido el santo muchas veces la explicacion de esta vision, supo que aquellas azucenas eran los bienaventurados siervos de María, que hacian una vida verdaderamente angelical en el monte Senario. Despues contrajo una amistad tan íntima con ellos, que no se podia separar de su lado. Tal vez sería esta la causa por qué los padres de la orden escogieron por escudo de armas un puñado de flores de lis en campo azul atadas con una S, que es la primera letra del nombre de servita, ó como dicen otros, con una M coronada, que quiere decir María. La otra maravilla aconteció en Caffagio cerca de Florencia, donde habian erigido una iglesia á la madre de Dios. Habiendo resuelto dedicarla bajo la advocacion de la Anunciada llamaron á un pintor para que pintase un cuadro alusivo al misterio de la Anunciacion. Entonces ocurrió la maravilla tan sabida de todos; á saber, que habiendo pintado ya el cuerpo entero de la Virgen y dejando la cabeza para lo último, como pen-

sase profundamente sobre su obra sin poder quedar contento, creyó que habia en ella alguna cosa que desagradaba á la madre de Dios, y que por eso tenia tan poco acierto en su empresa. Con esta idea hizo una confesion general, y lo donoso fué que cuando quiso tomar el pincel halló acabada la cabeza de la Virgen, tan hermosa y de una majestad tan extraordinaria, que no le cupo duda de que era obra del cielo y de que la habia pintado algun ángel. Así es que comenzó á dar voces por aquel feliz hallazgo: al ruido acudieron todos los religiosos y al poco tiempo los habitantes de la ciudad, y todos creian la maravilla en cuanto fijaban los ojos en aquel rostro radiante y divino. En otra ocasion hablaré de la vocacion admirable de S. Felipe Benicio y del dulce y dichoso tránsito así del mismo santo como de los siete primeros fundadores (1), porque temeria hacerme molesto si quisiera recopilar aquí todo lo que puede conducir á mi propósito.

*Orden del monte Olivete.*

XVII. La orden del monte Olivete debe sus principios lo mismo que las precedentes á la madre comun de los religiosos. S. Bernardo Tolomeo, que era senador y catedrático de filosofia en la ciudad de Sena, enarboló este estandarte de santidad del modo que diré. Habia perdido la vista por una feliz desgracia y juntamente con ella todo el vano contento que podia esperar en esta vida. La ceguera del cuerpo le abrió los ojos del espíritu; de suerte que habiendo atraído á su modo de pensar otros dos senadores senenses, se retiró con ellos á un monte cerca de

(1) Tratado III, capítulo 5, párrafo 5 y cap. 13, párrafo 3.

Sena, que llamaron de Olivete, y allí comenzaron una vida austerísima y un trato todo celestial. Mas como nunca faltan personas que contrarian los buenos desig- nios, fueron tan calumniados los tres senadores, que el papa Gregorio XI, residente entonces en Aviñon, los llamó á su presencia resuelto á hablarles como convenia. Llegaron á la corte pontificia y hallaron tan mudado al papa, que solo les dijo palabras de cariño: inmediatamente los envió al obispo de Arezo dándole orden de tratar con aquellos religiosos y escribir la regla que ha- bían de observar en adelante. Entre tanto la Virgen ad- virtió al obispo que iban mas bien de parte suya que de la del pontífice; que los recibiese como á hijos suyos; y que les diese el hábito blanco y la regla de S. Benito. Hi- zose puntualmente como habia ordenado la Señora, y el mismo pontífice aprobó la regla el año 1371.

*Orden de san Gerónimo.*

XVIII. No menos propicia se mostró la Virgen santi- síma con los monjes de S. Gerónimo en sus principios. Esta orden, que nació el año 1405, estuvo bastante tiem- po sin medrar mucho y sin tener mas de tres casas en España y aun esas muy pobres; lo cual descorazonó de tal manera á los primeros monjes, que ya iban á reti- rarse á donde Dios les diese á entender, desesperanzados de poder multiplicarse. Mas la madre de Dios no les faltó en la necesidad, porque se presentó á ellos cuando esta- ban tan afligidos, los reprendió por su poco ánimo y su escasa confianza en Dios y en ella, y les encargó que se volvieran y que de allí adelante la imploraran, estando seguros de que pronto se multiplicarian. Los sucesos confirmaron esta promesa. Desde entonces los monjes to- maron á María por su buena madre y fiel abogada, y á fin de dejar á la posteridad un memorial de lo que les

habia sucedido, trocaron en su honor la túnica blanca debajo del hábito ordinario.

*Orden de los minimos.*

XIX. Por los años de 1470 S. Francisco de Paula, calabrés, instituyó la orden de los minimos para socorro de la iglesia militante. Seria preciso ignorar de todo pun- to la singular devocion que el santo profesaba á la bien- aventurada Virgen, para dudar que esta tomara desde el principio bajo su particularísima proteccion la orden re- cien fundada. Francisco siendo muy niño todavia, quan- do queria saludar á sus padres ó decirles algo, empe- zaba siempre por estas palabras: Ave María; lo cual hizo todo el resto de su vida en sus conversaciones y á imitacion suya sus queridos hijos, que no se saludan ja- más ni hablan entre sí sin saludar antes á la Virgen con las mismas palabras. A la edad de trece años, habiendo dejado á los religiosos franciscanos entre quienes habia vivido cerca de un año, porque Dios le llamaba secreta- mente á otra parte, pidió á sus padres que le llevasen á la iglesia de nuestra señora de los Angeles ó de la Por- ciúncula; lo cual le fué concedido sin dificultad. Yo creo fácilmente que allí mismo recibió de la Virgen y del glo- rioso S. Francisco la orden de fundar su nueva milicia, porque vuelto á su pais se puso incontinenti á labrar una iglesia en honor de la Virgen, y como la empresa parecia poco animada y el plan muy pequeño, se le pre- sentó un religioso con hábito de S. Francisco, el cual exhortándole á echar los cimientos de un edificio mas ca- paz y magnifico y á poner su confianza en Dios, derribó lo que el santo tenia ya edificado, y desapareció. Por aquí juzgaron muchos que era Francisco de Asis enviado á Francisco de Paula por la Virgen, singular promovedora de la obra emprendida. Lo que afirmó mas á aquellos en su